

Dos gasoductos impactantes

Por Claudio Bertonatti *

Junto con la selva misionera, la región ecológica argentina de mayor riqueza en diversidad de especies silvestres es la Yunga o nuboselva. Esta eco-región cubre unas 4.550.000 hectáreas en varias provincias. De ese total, unas 250.000 ha (5% del total) se encuentran en áreas protegidas como los Parques Nacionales Baritú (72.439 ha, Salta) y Calilegua (76.306 ha, Jujuy). Entre éstos existe un área de selva continua que los conecta a modo de *corredor biológico*, evitando que queden cercados como islas. Este corredor permite que los animales dispersores de semillas, los grandes predadores y otros grupos de especies puedan llegar de un parque nacional a otro, intercambiando y fortaleciendo su material genético. Ese intercambio es necesario para continuar con los procesos de adaptación al medio y minimizar los riesgos de las enfermedades asociadas a la endogamia o consanguinidad. Por todo esto, en gran medida, la integridad de la biodiversidad de esas áreas —a largo plazo— depende de la protección o permanencia en el tiempo de ese corredor.

Este año, el anuncio de la construcción de dos gasoductos en el noroeste argentino removió el avisero ambientalista. Los proyectos Nor Andino y Atacama se lan-



zaban para transportar gas desde Salta a Chile. Como es sabido, toda obra de desarrollo implica un impacto para la naturaleza y, por ello, los dos emprendimientos elaboraron Evaluaciones de Impacto Ambiental (EIA). Estos documentos predicen —con márgenes de subjetividad— sus beneficios y algunos de sus perjuicios, que los habrá tanto sobre el medio ambiente (particularmente, en el caso de Nor Andino) como sobre el patrimonio arqueológico (especialmente, en lo que respecta a Atacama). Greenpeace —junto a la comunidad colla de San Andrés— fue la primera en cuestionar el gasoducto Nor Andino, por atravesar el *corredor biológico* mencionado. Pero, en honor a la verdad, ese corredor no está protegido jurídicamente como sucede con los parques nacionales. En realidad, se trata de un conjunto de propiedades privadas que mantienen la selva en pie con un gran margen de incertidumbre sobre su futuro. Pero esta incertidumbre no suele desvelar a los decisores. Prueba de ello es la Decisión Administrativa 205/98 que autorizó la concesión de transporte de gas a favor de uno de los gasoductos (Atacama) sin contar aún con las aprobaciones técnicas y ambientales. Por otra parte, los costos ambientales no fueron estimados económicamente. Es decir, no se ha calculado cuánto dinero pierden las provincias de Salta y Jujuy, la región o el país con la degradación de su patrimonio natural, arqueológico y paleontológico. Entre las grandes omisiones, puede agregarse la falta de una evaluación que integre los impactos de estos proyectos con los de otras obras en la misma región. Por consiguiente, aún no se conoce cuál es el límite crítico de los impactos ambientales acumulados permisibles allí, aunque este sea uno de los interrogantes básicos que habría que responder. Hablando de interrogantes, cabría preguntarnos cuál es el verdadero papel del Estado en este caso.

Redondeando el planteo inicial, tenemos un gasoducto (Nor Andino) que atraviesa un área natural valiosa, aún despro-

tegida jurídicamente. Cabe aclarar que los impactos más importantes de ese gasoducto sobre la naturaleza son indirectos y derivan de la apertura de un camino de acceso para enterrar y mantener la tubería que transportará el gas. Para ello, es necesario deforestar una banda de 25 metros de ancho a lo largo de 40 kilómetros de selvas y bosques montañosos muy bien conservados hasta ahora y ubicados entre los ríos Blanco y San Andrés. El riesgo de este camino radica en que puede ser una gran vía de acceso para el avance —sin planificación— de la ganadería, de la agricultura, de la extracción maderera y de la caza furtiva en sectores hasta ahora poco o nada intervenidos por el hombre. Por ello, debe evitarse el libre acceso a los caminos que se abran y ayudar a la naturaleza a cicatrizar sus heridas, mediante planes de restauración del monte derribado. Si esto se pone en práctica no hay motivos para creer que pueda representar una amenaza insalvable para el yagareté u otra de las muchas especies amenazadas de extinción de la región.

La comunidad de San Andrés se ha manifestado en contra del gasoducto, mientras que otras localidades opinaron lo contrario (Humahuaca) por distintas razones. Se plantea aquí un problema que difícilmente contentará a esas dos partes. Además, el Proyecto Nor Andino fue aprobado por el Estado, y la empresa no va a modificar sustancialmente su traza para eludir el *corredor biológico*. Por ello, Greenpeace se opone a su construcción. Por su parte, la Fundación Vida Silvestre Argentina adoptó una posición intermedia. Luego de analizar los impactos de los dos gasoductos creyó oportuno efectuar un reclamo a las empresas, para que:

- ◆ Aseguren la permanencia funcional del corredor biológico de las yungas y la conservación de la selva pedemontana que atraviesan.
- ◆ Eviten el paso por las áreas protegidas de la provincia de Jujuy.
- ◆ Deriven gas a poblaciones vecinas a la traza que todavía dependen de leña.
- ◆ Contribuyan concretamente para la educación y el cuidado sanitario de la comunidad de San Andrés.

Nor Andino y la empresa constructora Techint respondieron públicamente, aceptando el compromiso de satisfacer esos reclamos, lo que no es poco. Fue posible llegar a esto por varias razones: el trabajo de Greenpeace para preocupar a la opinión pública, la cobertura periodística del caso y el trabajo de la Fundación Vida Silvestre Argentina. Algo interesante es que aunque no se trató de una maniobra intencionalmente cooperativa entre ambas organizaciones ambientalistas, el trabajo resultó complementario, porque a pesar de tener estrategias de acción totalmente diferentes persiguen los mismos objetivos. Esto es lo que permitió buscar una solución parcial a un problema que estaba estancado: asegurar la existencia de un corredor biológico que sólo figura pintado en un mapa.

De alguna manera esto demuestra que conservar los recursos naturales no es tarea fácil, como tampoco lo es desarrollar con seriedad un país como el nuestro. Es lógico que no todos vean una situación del mismo modo y lo que para unos puede resultar una batalla perdida, para otros (entre los que me incluyo) puede ser una oportunidad para armonizar la construcción de grandes obras con la conservación del patrimonio natural. En otras palabras, puede ser un avance para alcanzar un desarrollo genuino. Tradicionalmente, estos conflictos se planteaban para ganar o perderlo todo. Hoy sabemos que desarrollar el país implica aceptar que todos tenemos algo que perder y ganar al mismo tiempo. El tema está en que la victoria beneficie a la mayoría de la gente.

* Fundación Vida Silvestre Argentina.

La "plaga humana"

sustancialmente. Este es el punto que Lester Brown, director del Worldwatch Institute y autor de numerosos trabajos e informes sobre el tema, intenta demostrar a través del análisis del caso chino.

En su informe *¿Quién alimentará a China?*, sostiene que las tasas de crecimiento económico de ese país, que en los años 90 llegaron a rondar el 13 por ciento anual, han hecho que los chinos se vuelquen hacia el consumo de las carnes en detrimento de los cereales. En el caso de la carne vacuna, entre 1993 y 1996 pasaron de consumir 1,8 kg/hab./año a 2,1 kg/hab./año (el promedio de un argentino es de 60 kg), es decir apenas 300 gramos más por cabeza. Sin embargo esta insignificante cifra multiplicada por 1200 millones de chinos significa 300.000 t de carne más por año, ¡casi tanto como todas las exportaciones argentinas de 1997!

Pero existe además un agravante: producir un kg de carne vacuna "cuesta", en términos de energía, un promedio de 7 kg de granos. Desde que comenzaron las reformas económicas en China en 1978, afirma Brown, este país que dedicaba el 7 por ciento de su producción de granos a alimentar animales, ha pasado a destinarle el 20 por ciento. Pero también en el aumento del consumo de productos "energéticamente caros" como la cerveza se manifiesta la mejora económica.

Pero qué quiere decir esto, ¿que los chinos por ser muchos deberían prohibirse de comer carne y tomar cerveza?

Superpoblación y recursos

En este sentido otro neomaltusiano famoso, Paul Erlich, asegura que el problema de la superpoblación no se relaciona con la cantidad o densidad de habitantes, sino con su nivel de consumo. Siguiendo esta línea de pensamiento, sostiene que sería más provechoso para el mundo que la cantidad de hijos por matrimonio se redujera en los Estados Unidos y no en Bangladesh.

El impacto ambiental es directamente proporcional a la población, a su consumo y al daño provocado por la tecnología empleada para satisfacer la demanda, afirma Erlich. Mientras un habitante promedio de las naciones industrializadas necesita para vivir el flujo continuo de potencia que proporcionan 74 lámparas de 100 W c/u, otro perteneciente al mundo subdesarrollado necesita apenas de 11 para vivir. En términos

El bebé de los 6000 millones

Por F.C.

El 11 de julio de 1987, en Zagreb, Croacia, nació Mateja Gaspar. Su parto fue cubierto por medios de todo el mundo y funcionarios de organizaciones internacionales. ¿Su mérito? El azar (y las estadísticas) lo había elegido: nació cuando la población se calculaba en "justo" 4.999.999.999 humanos. Por supuesto el número no pudo ser exacto, ya que nacen unos tres niños por segundo, 220 mil por día u 81 millones por año.

Según cálculos realizados por la Fundación de Población de las Naciones Unidas, la barrera de los 6 mil millones será cruzada el 16 de junio de 1999. Esta vez, para tener más posibilidades de acertar al país, ya que es imposible saber cuál es el "bebé de los seis mil millones", los medios deberían ir a China o India. Al fin y al cabo estas naciones tienen una tercera parte de la población mundial y allí nace uno de cada tres bebés.

globales, las naciones ricas, con un cuarto de la población mundial, consumen las dos terceras partes de la energía.

Algunas posturas optimistas, como las de John Holden, profesor de la Universidad de California, sostienen que la ecuación alimentos y población se podría resolver con 10.000 millones de habitantes consumiendo en promedio 3 kw por cabeza. Si bien este número permitiría a la mayoría de la población triplicar su consumo, el cuarto restante tendría que reducirlo a menos de la mitad.

De todos modos, se pregunta Erlich, habría que ver si el ambiente soportaría una demanda de 30 terawatt (10.000 millones x 3 kw), casi el doble del consumo actual. "La clave para entender la superpoblación, —afirman Paul y Anne Erlich en *The population explosion*— está en la relación entre el número de habitantes en un área determinada y la capacidad de ese ambiente en sostener la actividad humana". Cuando un área está superpoblada, la población se mantiene gracias al rápido deterioro de los recursos no renovables, o mediante la conversión de renovables en no renovables, afirman los autores.

Desde ese punto de vista, el planeta mismo ya está superpoblado. Deforestación, desertificación, contaminación de las aguas subterráneas, agotamiento de los acuíferos, sobreexplotación pesquera, calentamiento global serían sólo algunos de los síntomas más visibles de que nos estamos acercando al techo.

"El desarrollo económico sostenible es una ilusión en un mundo de recursos limitados", sostenía Jacques Costeau, y llamaba a la revisión del concepto "progreso" sobre la base de una concepción de lo finito, más que de lo renovable.

"Los verdes están bien adiestrados en reducir los problemas de política social a abstracciones biológicas, y sólo continúan mascullando los rezos de Malthus", contraataca un tal Tom Athanasiou desde un web en Internet.

El cero es una buena nota

Ahora bien, ¿cómo es posible detener el

